

LO QUE VIVE DE SUS MANOS (Makisninmanta kawsaq)

- JUAN JOSÉ SANTILLÁN -



Reina Bravo, 85 años - telera

Casilda, 62 años - telera

Ana María, 54 años - telera

Elías, 52 años - el que viaja al desierto

Conserje, 40 años - el informante

Mujer del cuartito - administrativa

El de civil - turbio

Gilberto, 60 años - un reductor

Jasón, 25 años - sostiene el atril con el repertorio de Gilberto

La Jurí - militante

Roberta - militante

VOZ DE NIÑO

(Lee)

“A cada nieta hicieron en el telar una manta bordada de cantos y distancia. Tejen para dar aire entre la trama. Así fue el comienzo que la memoria afila sobre manto de animal, errante cobijo del recién nacido. Quizá el destino, hebra teñida por el polvo y agua viva consume este abrigo que refugia lo dado”.

Cuaderno de mayo de 2052

(Golpes secos del telar)

EL ORIGEN 1

Año 2000 / 8 AM / Monte. Tres mujeres en la urdimbre. Ana María y Casilda, un mismo movimiento sobre el telar. Trabajan en la forma. Reina Bravo hila.

REINA BRAVO—Sabían decir que Santa Rosa cuida a las teleras (*imagen*), payta sutiyaichis qallarinku aayta, hay que nombrarla para empezar a tejer.

(Golpes secos del telar)

ANA MARÍA— Santa Rosa kasqanta pi aadorasta kuidaq.

CASILDA— Santa Rosa kasqanta pi aadorasta kuidaq.

ANA MARÍA— Nuestros nombres fueron aparición del monte. Somos prenda de andar. Tatiro fue Ambrosio o Judario. Los años se mezclan, fuimos mal anotados (*pausa*). Mi esposo tomaba anís con el juez y machado anotaba a mis hijos.

CASILDA— El mío anotó a uno siete años antes de que yo misma lo haya parido... A otra la llamó "Invencible". Se olvidó y le puso el nombre de un paquete de yerba que vio en un estante. Tuvimos once hijos...

(Golpes secos del telar)

REINA BRAVO— Nací en Pampa Yaskan, con las inundaciones hemos venido para aquí a poblar. Ya no podíamos estar cerca del río porque hasta el borde nos llegó el agua... Nos sacaron con botes. Hace 56 años que estoy aquí.

(Golpes secos del telar)

CASILDA— Crecí a casi tres leguas del pueblo, nadie me supo decir de dónde somos. Yo he sido la única que he aprendido a tejer. Ni la quichua han aprendido mis hermanos.

(Golpes secos del telar)

REINA BRAVO— Mi cuñada tejía, he aprendido viéndola nomás. Empecé a tejer a los diez años, cuando estaba en la escuela. Recreospi ñañaywan aaqkarayku, allita puriptiyku estudiupi saqeaq karayku. Con mi hermana tejíamos en los recreos, nos dejaban porque andábamos bien en el estudio (*pausa*). Waamanta ayllusniyta yanapakoq karani aas. De chica, ayudé con los tejidos a mi familia.

(Golpes secos del telar)

CASILDA— Ah... lindas cubrecamas hemos hecho. Chiri pachapi camayqa suq jardin kan... cha tukuy coloresqa... mosqoni karupi tiyasqayta. En invierno mi cama es un jardín... todos esos colores... sueño que estoy lejos.

(Golpes secos del telar)

ANA MARÍA— Como a los hombres les gusta la pelota, a nosotras el telar. Hay que arrancar tempranito y se corta antes del mediodía para cocinarle a los niños. Pero mientras una está ahí se vale a sí misma y es feliz.

(Golpes secos del telar)

REINA BRAVO— Todavía tengo mi telar. Lo hizo mi papá, es el mismo que tengo de toda la vida. Cuando mi marido fue a la ciudad por trabajo, hasta allá lo llevé (*pausa*). Hice prendas que él vendía en el policlínico, pero no es lo mismo. Mi papá ha puesto aquí los horcones para el telar, cavó bien profundo en la tierra (*pausa*). Si no fuera por mis rodillas, estaría tejiendo más seguido. Todavía tengo mis herramientas...

ANA MARÍA— La pintuna con la que vamos envolviendo; la Huasaman Aisana, los lisos que se alzan y las pisaderas, surunas, para subir y bajar.

REINA BRAVO— Hace poco me han llevado la silla al patio y teñí. Tutamantita pacha manta timpuchini mishtol puka cascarillanta, patap sapinta, punuap cascaranta. Desde muy temprano hice hervir la zarcilla de mistol colorado, la raíz de pata, la cáscara de punúa...

CASILDA— Las astillas vienen de muy lejos, se las hacen hervir desde bien temprano hasta la tarde, después se las cuele y se le agrega un puñadito de sal. Ahí se meten los hilos.

REINA BRAVO— Se las mezcla y se las hace amanecer en el agua del mistol. Al otro día se los cuele y cuando se secan recién se lo puede extender al hilo.

CASILDA— Chaypi intip coloresniyku kutinku... Ahí quedan al sol nuestros colores.

(Golpes secos del telar)

REINA BRAVO— Algunos ponchos los hacíamos con franjas de colores atados, con dibujos que iban así (*dibuja en la tierra*). Color punzó, amarillo, verde...

ANA MARÍA—Atamos con hilo bien ceñido, lo teñimos todo, luego desatamos...
Y así quedan los tejidos con franjas y dibujos.

ANA MARÍA— ¿Y cuál es el color que más le gusta, Doña Reina?

REINA BRAVO—El teñido con astillas de mistol da el color marrón. Para mí es lindo porque más lustre le da a la prenda y la hace lucir.

(Pausa)

CASILDA—Los hilos de urdimbre están torcidos.

REINA BRAVO— Listos para empezar a contar... na qallarinayshpaq yupayta.

(Golpes secos del telar)

APARICIÓN UNO

Descanso de Elías

(SUBTITULADO)

Año 2052 / 8 AM / Hotel Cercano al desierto

/ Cualquier pueblo del norte. Las casas, el viento, la luz corrida por un filtro de hielo- Bajo por una calle, entro al correo, no llevo ninguna carta para despachar - La mujer que me atiende habla una lengua desconocida que - sin duda- estoy manejando - Claramente ocupo otro cuerpo, no sé lo que digo, me dejo llevar por el sonido que sale de mi boca saqeni pusachiyta simiymenta lloqsisqanta - seco – áspero- pienso en el ruido de una remachadora, me concentro en la cabeza – blanca- de la mujer del correo. Me da un papel, un número. No distingo. Podrían ser unos horarios. / FIN

EL NOMBRE 1

Año 2052 / 3 PM / Hotel cercano al hospital zonal, antes desierto.

Pocos meses después de la caída del segundo meteorito. Ruidos cercanos de motores diésel. Por la crisis todas las comunicaciones están intervenidas. Llegan desde el desierto mensajes radiales en una lengua que ya nadie maneja. Conserje la escucha con interferencias.

ELÍAS— Llegué anoche al pueblo, me registró un hombre... no me acuerdo el nombre. Perdón.

CONSERJE— No se preocupe, es mi compañero. Hubo problemas con las digitalizaciones. Cada dato que cargamos se manda a la central pero se pierden o lo cambian de fichero y queda en el limbo (*pausa*). ¿Llamó antes de venir?

ELÍAS— No, vine directamente.

CONSERJE— Quédese tranquilo que hay lugar de sobra, solo necesitamos registrar.

ELÍAS— Deben saber que estoy acá.

CONSERJE— Claro, esto es una formalidad (*pausa*). ¿Cómo hizo para llegar? Hace meses que nadie cruza la frontera provincial.

ELÍAS— Le aseguro que fue un viaje largo.

CONSERJE— Entiendo.

ELÍAS— Le puedo dar mis documentos.

CONSERJE— No serviría de nada. Ellos perdieron un montón de documentos nuestros (*pausa*). Eso sí, les interesa mucho saber qué hacemos y cómo nos movemos (*sigue buscando*).

ELÍAS— Quedaron guachos de papeles.

CONSERJE— Pero muy bien cuidados (*pausa*). ¿Pudo recorrer algo?

ELÍAS— Algo anduve esta mañana.

CONSERJE— ¿Lo notó?

ELÍAS— Hace mucho que no estoy en los pormenores del pueblo (*pausa*). ¿Qué debería haber visto?

CONSERJE— Después de la caída del segundo meteorito hay más interventores que gente real.

ELÍAS— Caminé cerca del hospital zonal, pero no vi mucho movimiento.

CONSERJE— Salen de noche. Están en un campamento a quince kilómetros, muy cerca de donde aparentemente cayó.

ELÍAS— ¿Cómo fue?

CONSERJE— Algunos vieron algo en el cielo, nosotros sentimos el golpe. Se movieron los muebles, al rato llegó una nube de tierra y aire caliente. Varios días sin agua, hicimos asambleas para ver el daño. Pero los que salieron rumbo al desierto no pudieron meterse más de tres leguas (*pausa*) Se levantó la temperatura del suelo, era imposible pisar.

ELÍAS— ¿Y los que viven en el desierto?

CONSERJE— Aguantaron. Son duros y saben cómo moverse.

ELÍAS— ¿Se sabe por qué llovió durante cinco días después del meteorito?

CONSERJE— Fue una lluvia pesada que bajó el polvo y la temperatura (*pausa*) enseguida llegaron los interventores, armaron el campamento y dejaron las máquinas diésel en el pueblo. Muchos se fueron al desierto (*pausa*). ¿Siente las máquinas?

ELÍAS— Un poco, anoche se notaron más.

CONSERJE— Algunas funcionan todo el día. No estamos acostumbrados a ese ruido. Por eso encendí la radio.

ELÍAS— ¿Entiende?

CONSERJE— ¿Lo que dice la radio?

ELÍAS— Sí.

CONSERJE— No mucho, tampoco le presto atención (*pausa*). Es puro ruido para tapar otro ruido.

ELÍAS— Quichuata rimanku. Hablan la quichua.

CONSERJE— Ya sé, pero nadie habla eso en el pueblo (*pausa*). En el desierto algunos todavía usan la lengua.

ELÍAS— ¿Con qué transmiten?

CONSERJE— Los viejos equipos de las radios comunitarias. ¿Sabe lo que dicen?

ELÍAS— Hablan del “agua” y del camino “al refugio”.

CONSERJE— El agua siempre fue un problema. Van al Señor de los Milagros.

ELÍAS— ¿Todavía es posible llegar hasta allá?

CONSERJE— No se puede por la ruta. Hay que llegar por las huellas internas. Ellos salen en grupos y deben estar en eso (*pausa*). Es imposible que todavía crean en algo.

ELÍAS— Este pueblo fue la capital de la tradición...

CONSERJE— Eso fue hace más de cincuenta años. Ya no. Ahora apenas somos lo que somos.

(Se detiene el ruido de los motores diésel)

CONSERJE— Las ponen a enfriar.

ELÍAS— Lo único que vi en el hospital fueron excavadoras que removían tierra. Son un montón. Pensé que estaban arreglando el predio del hospital....

CONSERJE— Están buscando cuerpos, no se sabe cuántos recién nacidos vendieron o hicieron desaparecer en los últimos años.

ELÍAS— No entiendo.

CONSERJE— Las madres cambian a sus hijos por cemento o bloques para viviendas que levantan los hombres. Arman ranchos en el desierto y los abandonan cuando salen en procesión. Las casas son como las viejas tolderías, pero no tienen dueños. Van rotando. Ellos siempre están en movimiento...

ELÍAS— ¿Cómo llegaron a eso?

CONSERJE— También trafican órganos de los recién nacidos y varios del hospital están metidos en eso. Les quitan lo que necesitan y al resto parece que los entierran en el patio. Por eso las excavadoras están buscando NN (*pausa*). Encontré su ingreso, estaba en el depósito de salidas.

ELÍAS— ¿Y quién se los lleva?

CONSERJE—...Mi compañero de recepción... Entra un huésped cada tanto y encima los ingresa mal....

ELÍAS— Preguntaba por los cuerpos.

CONSERJE—...Habría sido unos de los únicos tres huéspedes en los últimos seis meses. Tampoco sé para qué tenemos el hotel...

ELÍAS— kanqa mana paisajeta ruakunanpaq.

CONSERJE— Perdón.

ELÍAS— Será para no convertirse definitivamente en parte del paisaje.

CONSERJE— ¿Y eso?

ELÍAS— Me estaba contando...

CONSERJE— Lo único claro es que se llevan de acá a los cuerpos porque es uno de los pocos lugares donde no nacen ciegos.

ELÍAS— En la ciudad han parado los nacimientos, no hay causas para la ceguera.

CONSERJE— Una vez que arranca no la pueden parar, ¿no?

ELÍAS— Toda la gestación es normal, solo que al nacer dejan de ver.

CONSERJE— Pensaron que el final iba a ser caótico, con explosiones y luces de colores. Pero el final es ahora, cuando se apagan los ojos del mundo.

ELÍAS— Habrá otro sentido, todos vamos a tener lugar en la oscuridad.

VOZ DE NIÑO

(Lee)

/ “Le dicen brujería y es palabra que brega en la noche cuando se golpean los pichones o pujan por nacer. Así te cuidamos bajo el ala furia de nuestro sonido real. No hay desangelados en la voz que te acompaña, es trama que juntos fuimos haciendo aunque seamos ojos de tormenta, algarrobal plantado al cielo”.

Cuaderno de mayo de 2052

(Golpes secos del telar)

EL ORIGEN 2

Año 2000 / Monte / 3 PM

Preparativos antes del desalojo y de las topadoras. Ronda de mate.

CASILDA— En el telar tengo que estar agachada, así (*muestra*). Puedo dar el taller, enseñarles, como quien dice, a las más jóvenes. ¿Irán a venir?

REINA BRAVO— Seguro.

ANA MARÍA— Muy entregada se ha puesto la Casilda en el telar, tanto no hace falta.

CASILDA— Varios me han dicho que van a estar atrás mío haciendo fila. No se me rían que es cierto.

REINA BRAVO— Comedido...

CASILDA— Si quieren que teja me van a tener que cuidar la espalda.

REINA BRAVO— Mucho no te han cuidado, nueve hijos has tenido.

CASILDA— Dejen.

ANA MARÍA— El otro día la han echado de la radio del centro comunitario por contar chistes verdes.

REINA BRAVO— Siempre cuenta los mismos, no ha sido por eso que se espantan.

CASILDA— El operador me ha pedido que no lo diga, me estuvo peleando mientras hablaban de los desalojos. Y después los dije, me le atreví.

REINA BRAVO— Cuando estaban hablando de los tiros al aire y las topadoras te les has despachado con eso, Casilda.

CASILDA— ¿Lo has escuchado?

ANA MARÍA— Te acaba de decir.

CASILDA— Pensé que Doña Reina solo escuchaba la audición quichua todos los domingos.

REINA BRAVO— Lo que pueda escucho.

CASILDA— Dije ese chiste para aflojarlos un poco, estaba muy discutido el asunto, con la gente enojada.

ANA MARÍA— ¿Y cómo no lo van a estar?

CASILDA— Hemos estado con las feministas, vinieron de la ciudad a las reuniones del centro comunitario para apoyarnos. Quieren hacer actividades con nosotras. Quieren que hablemos, que demos talleres de lo nuestro.

ANA MARÍA— Esa que llaman Jurí, conflictiva ha sabido ser...

REINA BRAVO— ¿Qué ha hecho?

ANA MARÍA— Nos invitaron a una marcha y a un encuentro de mujeres en la ciudad...

CASILDA— hemos andado por las calles, he llevado mi caja para cantar vidalas mientras marchábamos. Íbamos bien, nos turnamos para cantar no queríamos gritar sino cantar bien y que se nos escuche (*pausa*). En una fue la Jurí con otra más hasta la vereda donde estaba la policía (*pausa*) pensamos que había pasado algo malo pero no va que se sacan la remera, se quedan las dos en cuero y le gritan al policía que ellas eran dueñas de su cuerpo.

ANA MARÍA— ¡Como si alguien le fuera a hacer algo en ese cuerpo!

REINA BRAVO— ¿Y eso de dónde ha salido?

ANA MARÍA— Después la amiga le tiró pintura roja en el pecho. Nosotras no sabíamos qué hacer, guardamos las cajas, dejamos de cantar y nos fuimos despacito. A la vuelta le dijimos que eso no estaba bien y ella nos dijo que era algo para “despertar” a la gente.

CASILDA— Bah.

REINA BRAVO— ¿Es india la Jurí?

CASILDA— No, le llaman así por lo aguerrida. Gringa es.

REINA BRAVO— No vaya a ser cosa que ella misma se haga llamar así.

CASILDA— Son capaces, nomás.

ANA MARÍA— Buena gente, pero la ciudad los pone así de aburridos que están.

REINA BRAVO— Casilda, en todo ese lío, ¿no se te ha dado por contar un chiste?

CASILDA— ¿Con la policía?

REINA BRAVO— Y la Jurí pintada de rojo.

CASILDA— La verdad que no, pero escuchen este.

ANA MARÍA— Ahí va...

CASILDA— Dice que ha ido una chica para la ciudad, y la han hecho ocupar de mucama (*pausa*). Y la mucama tiene que ir limpiar, ¿que no? Y en eso debajo de la cama de la patrona encontraba un cuerito toooodos los días. Lo alzaba con la pala y lo ponía en la bolsita. Y bueno, un día llega la patrona cuando ella estaba justo alzando al cuerito. *Ay señora –le dice- desde el día que he llegado aquí cada día que barro encuentro un cuerito debajo de la cama, ¿qué es eso? Y la patrona le contesta ¡Ay! ¿es que desde donde usted viene no saben hacer el amor? –Sí, señora, sí sabemos culiar, pero resulta que nosotras nunca le hemos cuereado el choto a nuestro marido.*

REINA BRAVO— ¡Nuevo es!

CASILDA— Me lo he acordado estos días mientras hilaba.

ANA MARÍA— Un libro abierto, la Casilda...

REINA BRAVO— El problema es que se te calienta la lengua y no puedes parar.

CASILDA— Voy con otro.

REINA BRAVO— Ahora tenemos que pensar el encuentro, es lindo que las niñas sepan. Hay que enseñarles.

CASILDA— Tengo muchos pero los olvido.

REINA BRAVO— Anude los chistes por un rato... usted tiene problemas con eso.

CASILDA— ¿Me van echar?

REINA BRAVO— Aquí no se echa a nadie.

EL NOMBRE 2

Año 2052 / Hotel cercano al desierto / 5 AM.

Al despertar Elías está en la misma habitación del hotel donde se alojó hace pocas horas. Cerca del desierto. La manta –tejida- íntegra- roja- está sobre la valija. Se siente protegido por esos hilos que conoce desde niño. Apoya sus manos sobre el tejido, las cubre. Hay movimientos en el pasillo. Va hasta la puerta y abre. Frente a la puerta hay una sombra. No alcanza descifrar el rostro, tiene una forma levemente humana. La mira. Sabe que no le hará daño.

—Si quiere puede quedarse y cuidarme mejor el sueño. Munaspa atinki kutiyta y mosqoyniyta sumaq cuidaq.

Vuelve a la habitación y esa noche no cierra la puerta con llave.

EL ORIGEN 3

Año 2000 / Monte / 6 AM

Casilda y Reina Bravo. Patio a la hora de la siesta. Calor. Casilda moja la tierra, los cactus y las plantas. Reina Bravo sentada a la intemperie, teje una mantilla.

REINA BRAVO— ¿No piensas dormir?

CASILDA— Todavía no, voy a refrescar el patio para que se enfríe la casa y duerman bien los chicos.

REINA BRAVO— Ah...

CASILDA— Ya sé.

REINA BRAVO— Te haría bien dormir un poco.

CASILDA— ¿Y usted qué hace que no se va a dormir?

REINA BRAVO— ¿Yo? te acompaño... además, ¿para qué pensar tanto?

CASILDA— Quedarse tejiendo o regando no nos hace bien a ninguna de las dos.

REINA BRAVO— Yo no pienso lo mismo que usted. Ya no estoy para eso. Me quedo acá para mirar el cielo que muy lindo está.

CASILDA— (*Ríe*) Bah, qam mana aykapas pensayta saqenki. No va a dejar de pensar jamás.

REINA BRAVO— Mana... (*Le amaga con un golpe desde la silla*)

CASILDA— Qam mana saykunki... Usted no se cansa, eso es verdad.

REINA BRAVO— Aparte se gasta el agua, los charcos que has hecho, Casilda

CASILDA— ¿Lindos, eh?, mis plantas lo necesitan.

REINA BRAVO— Bombero había querido ser... El agua no se tiene que gastar así...

CASILDA— ¿Usted está preocupada por mí o por el agua?

REINA BRAVO— Por las dos.

CASILDA— Sincera había sido. (*Mira el agua de los charcos, archipiélago de barro*). ¿Se imagina si hubiésemos tenido todas estas lagunitas cerca para ir a buscar el agua?

REINA BRAVO— lindo hubiese sido.

CASILDA— Cómo llevé agua. Ir y venir haciendo equilibrio hasta el tanque del ferrocarril. Con sol o helada, lo mismo da.

REINA BRAVO— No se queje.

CASILDA— No, si nunca me quejé. Fue lo que tocó.

REINA BRAVO— ¿Para qué seguir con eso?

CASILDA— ¿Se acuerda cuando íbamos cerca del río, al paraje de tía Aguirre? Usted preparaba pan y galleta un día antes en el horno y después les llevaba. Cuando la veían llegar con el sulky la recibían como a una reina. Y usted repartía pan, queso, caramelos para los chicos. Con eso me sentía bien porque los veía felices.

REINA BRAVO— Nos cuidaban los animales, eran de la familia pero estaban allá, cerca del río. En la cosecha de la papa, algodón ellos estuvieron siempre con nosotros. A los hijos de tía Aguirre también los crié como a mis hijos. Era importante que los nuestros vivan (*pausa*). Cuando tu madre te abandonó, te cuidé como a mi hija.

CASILDA— En el algodón arranqué de muy chica, fue lo primero que hice, ¿no?

REINA BRAVO— Sí, tenías seis años y ya estabas fuerte para acompañar a tu madre. Todos sus hermanos y hermanas lo hicieron. Eras la menor, pero no ibas a tener privilegio en eso.

CASILDA— Privilegiada... de llevar una mochila chiquita con los capullos. Me acuerdo del surco. Empecé ayudando a cosechar, me dolían las manos (*pausa*). Nunca entendí por qué si el campo de algodón era de mi tío, no podíamos dormir en un lugar un poco mejor y siempre nos quedábamos con la peonada.

REINA BRAVO— Íbamos a trabajar, no a pedirle favores a nadie.

CASILDA— Nuestro tío nos hacía trabajar, no le importaba. Eso sí, nos daba caramelos...

REINA BRAVO— Él seguro que habrá pasado por las mismas cosas.

CASILDA— No tuvimos infancia (*pausa*). Mire, ahora con mi hijo juego todo lo que no pude jugar de chica. Somos como dos chicos.

REINA BRAVO— Si usted puede jugar quiere decir que las cosas han cambiado para mejor.

CASILDA— El monte siempre fue mejor que el pueblo. Ahí sí que no volvería nunca más.

REINA BRAVO— Usted la pasaba bien en lo de tía Aguirre.

CASILDA— (*Pausa*) ¿Por qué me ha dejado a mí y se llevó a mis hermanos?

REINA BRAVO— No lo sabemos. No hace falta ya pensar en eso. Usted está aquí, Anunitay.

CASILDA— (*Soliloquio*) Tenía 11 años cuando el pueblo se me volvió malo. Mi mamá a esa edad se había reventado los tímpanos por una bronca. Le subió la presión y pum. Sorda quedó. Y en el pueblo se le burlaban. Íbamos con el sulky y estaban los muchachos en la garita del cruce ferroviario que nos gritaban cosas. Y uno empezó a chusear para hacer que el animal pare. Yo manejaba. Chusearon y el caballo se quedó. Íbamos cargadas, pesadas. Me tuve que bajar y empujarlo, pero el animal no se movía. Hice mucha fuerza y cuando el caballo quiso arrancar, lo chusearon de vuelta. Me bajé para decirles por qué hacían eso y ellos se reían más. Volví al sulky, agarré el látigo con nudos de cuero en la punta, con el que nos daba mi mamá, y me fui hasta la garita. Les empecé a tirar latigazos, varios salieron corriendo, tentados de risa, pero uno se quedó. A ese le di en las piernas, en la cara, en el cuello, en la oreja. Sangró, cayó al piso y le apunté a los muslos, se cubrió y le lastimé las manos, las muñecas. Le seguí en la cara hasta que sentí un golpe en el hombro *¡India de mierda!* Uno me había tirado una piedra. Mi mamá me sacó el látigo, me llevó a casa. Esa noche fue la primera y única vez que me bañó. Después no la vi más. Tuve ganas de preguntarle por qué nos pasaban esas cosas, andaba con fuerzas para decirle que desde que papá no estaba ella traía a casa hombres que nos lastimaban. Que a mí a los cinco años uno me había hecho mal, que yo ya sabía cómo eran.

REINA BRAVO— Wawita alli rimananpaq yaku suk cencerropi paqarisqata qonana tiyan, chaywan rimayta sorqon... Para que un chiquito aprenda a hablar hay que darle agua amanecida en un becerro. Eso le suelta las palabras.

CASILDA— Y para que mi Reina Bravo se vaya a dormir el remedio casero es cascarita de mistol y un pedazo de quebracho colorado para tirarle por la cabeza.

REINA BRAVO— ¡Bah! Termine con el agua (*se levanta*). Hágalo de una vez. Deje que yo me quedo despierta y le digo unas cuantas cosas cuando llegue. No se preocupe.

CASILDA— ¿De qué habla?

MADRE— Hay que cuidar el agua, no hay que tirarla por un tipo. Su marido no vale eso, ni le puede quitar el sueño. ¿Cuándo se va dar cuenta?

Reducidor 1

Año 2052 / Desierto / Fiesta campesina al Señor de los Milagros

Los reducidos tocan sobre el ruido de la fiesta. Gilberto, guitarrero, viene con los premios que ganó de una kermese donde pateó una pelota de fútbol y derrumbó seis latitas de conserva. Hay piezas de res colgadas que se venden junto a todo tipo de objetos. Surgen rezos imprevistos. En el baile amanecido las mujeres flamean en brazos de los hombres. Jasón, el hombre del atril que traslada el repertorio, discute con otro guitarrero por el orden de las canciones. Un reducido músico se acalambra en el medio de una canción, la madre se acerca y le masajea el antebrazo. Vuelven a cantar. Jasón junta el vino del desayuno.

EL NOMBRE 3

Año 2052 / Hotel cercano al desierto / 4 PM.

CONSERJE— ¿Es nacido acá?

ELÍAS— Sí.

CONSERJE— No le veo el bastón de ciego.

ELÍAS— No moleste.

CONSERJE— ¿Estaba cuando la Central hidroeléctrica?

ELÍAS— Nací después de que se vaya del pueblo

CONSERJE— Se dice que cuando la Central se fue dejó algo en el suelo que borra genéticamente la ceguera. Pero vinieron las inundaciones, se tapó de agua la mitad del país y esto dejó de importar (*pausa*) Si nació cuando no estaba la Central... deberá andar en menos de cincuenta y cinco...

ELÍAS— 52.

CONSERJE— Hmm... tendría que andar chocando con todos los muebles.

ELÍAS— (*Pausa*) Podría ser algo del segundo meteorito que cayó muy cerca de acá.

CONSERJE— Pero eso fue reciente. No se sabe Lo único seguro es que nadie sensato tiene más hijos en el pueblo.

ELÍAS— Si acá no se extendió la ceguera...

CONSERJE— No se tienen más hijos porque no se sabe qué les puede pasar. Podrían ver bien, pero nos los sacarían de las manos, hay una pelea por los cuerpos (*pausa*) no es un buen momento para estar acá.

ELÍAS— Pero las madres siguen pariendo.

CONSERJE— Algunas vienen del desierto a tenerlos como una ofrenda.

ELÍAS— A Saturno.

CONSERJE— ¿Qué tienen que ver los planetas?

ELÍAS— Se devoran a sus propios hijos. A la intemperie.

CONSERJE— Puede ser, pero esto es más fácil, si no venden a sus hijos, o los esconden, el Estado se los lleva para estudiarlos. Algunas madres los tienen en el desierto, pero es difícil mantener con vida a más de uno. Y de aquí el Estado los saca con custodia.

ELÍAS— Son codiciados.

CONSERJE— Claro, entregan a los hijos para sobrevivir. Ellas después de parir generalmente mueren en el zonal.

ELÍAS— ¿Todas?

CONSERJE— Varias, de muerte natural.

ELÍAS— No soportan el parto.

CONSERJE— Yo tengo una teoría más simple: las matan.

ELÍAS— No sabía que la seguridad del estado andaba tan metida en todo esto.

CONSERJE— Aparecen y desaparecen. La gente del pueblo... ya lo verá, se volvió extraña.

ELÍAS— (*Pausa*) ¿Ya nadie va al desierto?

CONSERJE— No, le tenemos demasiado... lo respetamos.

ELÍAS— No puede ser que se haya vuelto desconocido para nosotros. Eso es imperdonable.

CONSERJE— Pasan cosas. Los que fueron vuelven más cerca de irse para el otro lado. Hay que vivir y crecer en el desierto para entenderlo.

ELÍAS— Los que andan en procesión todavía creen. Pasan cosas allá.

CONSERJE— Se arman de lo justo para vivir, aguantan el sol, viven como hace mil años. Y creen, no les queda otra. Le cantan al Señor de los Milagros, siguen jodiendo con la guitarrita y los falsos Stradivarius.

ELÍAS— La imagen todavía está entera.

CONSERJE— Eso se cuenta.

ELÍAS— Los que no aguantan el desierto, como ustedes, quieren empezar de cero.

CONSERJE— Volvernos otros, muy lejos de aquí. Eso algo que nos merecemos.

ELÍAS— Pero no los erradicaron todavía y tenían razones para hacerlo.

CONSERJE— Nosotros también somos estudiados, lo sabemos.

ELÍAS— Los pueden eliminar en cualquier momento.

CONSERJE— Es posible.

ELÍAS— ¿Y lo toman así?

CONSERJE— Somos de este lugar y hay cosas con las cuales no hace falta luchar. Nuestra desaparición es una de ellas.

VOZ DE NIÑO

(Lee)

/ Unaymanta rimayniychis tiyaq suyas anaqman riyta... Rimani cha noqayshpa kaqta./

/ La castilla le decían los mayores a la voz impuesta, aprendida a escobazos sobre el pecho para despabilar al corazón de todo apego. Siempre estuvo nuestra voz esperando el salto. Nombró solo aquello que nos pertenece. /

Cuaderno de mayo de 2052

(Golpes secos del telar)

EL ORIGEN 4

Año 2000 / Monte/ Se va la claridad, prenden las brasas.

REINA BRAVO— Esta manta es la última manta que voy a hacer.

CASILDA— También me cuesta mucho por la vista. Prontito voy a dejar.

REINA BRAVO— Ya no puedo con la vista y me duelen las rodillas. Mucha fuerza se hace en el telar.

ANA MARÍA— Es difícil soltar...

REINA BRAVO— Toda mi vida hice esto (*pausa*) cuando mi hijo estaba enfermo, con mi trabajo le daba de comer y le pagaba las curaciones. Cuando murió trabajé mucho para querer olvidar. Pero me fui quedando ciega y por más que una haga, hay cosas que no se olvidan.

CASILDA— El tejido le ha gustado muy mucho. No tuvo descanso. Sacaba un poncho o una manta y ya estaba poniendo el otro...

REINA BRAVO— Nunca me han dicho los que me compraban que tenía una falla mi tejido. Hice siempre con mucho cuidado. He tejido para mí y para otros, nunca hice otra cosa, siempre la tejería.

ANA MARÍA— Por suerte la tuve cerca a usted, Tía. De niña lo primero que se hace es ovillar, mi hermana me ayudaba a hacerlo ¿se acuerda? y después torcíamos los flecos. Había que torcer uno por uno.

CASILDA— Algo has aprendido, ¿que no?

REINA BRAVO— Mirando. Todas aprendemos así. Desde chiquita han aprendido (*pausa*) hasta el marido de Ana María teje.

CASILDA— ¿Y para qué tenerlo cerca tanto tiempo?

REINA BRAVO— Siempre te digo que tomes un descanso, Ana. Yo he quedado así porque nunca he tenido. Todo el día en el telar, sin parar, también lastima.

CASILDA— Yo puedo dar el taller en el telar para las chicas. Doña Reina, usted puede ayudarme si quiere, no hace falta que teja si anda cansada.

REINA BRAVO— ¿Taller?

CASILDA— Sí, para apoyar con lo nuestro a resistir el desalojo.

ANA MARÍA— Nos van a pasar por arriba con las topadoras. Nos van a desmontar también a nosotras.

REINA BRAVO— Se creen que les tenemos miedo. Pero aquí nos quedamos (*pausa*). Puedo mostrarles en el taller cómo termino mi última manta. Tengo un poncho ahí para don Víctor, se lo quiero mandar a la radio.

ANA MARÍA— Él la ha ayudado mucho, sus amigos músicos de todo el país han tenido sus ponchos. Él siempre habló maravillas de usted y de sus ponchos de alpaca.

REINA BRAVO— Mi hermana tejía sobrecamas, pero no sabía tejer ponchos. Aprendí porque en el año 47, un cartero vino con hilo azul eléctrico, muy lindo color es. Nadie le quería hacer con ese hilo porque era muy fina la trama, no se veía. Y bueno, yo le he tejido. Desde esa vez, en el año 47, empecé con los ponchos de alpaca. Y siempre Don Víctor me ha ayudado a venderlos; cuando más necesitaba el trabajo, él venía.

CASILDA— ¿Usted nunca lo quiso?

REINA BRAVO— ¿Querer? Sí.

CASILDA— ¿Y un poco más que querer?

REINA BRAVO— Es mi amigo (*pausa*). ¿Cuánto has estado en matrimonio, Casilda?

CASILDA— 56 años. Mi marido anduvo con otra pero nunca pudo irse con ella.

REINA BRAVO— Ya sé.

CASILDA— Yo lo iba a dejar ir.

ANA MARÍA— ¿Para qué pelarle sino valía la pena?

CASILDA— Sabía quién era la mujer y todo (*pausa*) pero un día él volvió llorando.

REINA BRAVO— Una no tiene que revanchear el daño. Hay que dejarlos ir, una puede valerse sola.

CASILDA— Nos pueden pegar, maltratar; pero ellos tienen flojo el alma.

REINA BRAVO— Don Víctor ha venido con sus músicos, alegraba el patio. Pero más nada. Con él hablábamos quichua. Siempre que pudo me dio una mano.

ANA MARÍA— Viejo salamanquero.

CASILDA— Todos esos lo son. El diablo les habla de muy cerquita...

REINA BRAVO— Hace varios meses que no viene al pueblo.

CASILDA— Tiene que ir a la radio, hablar con él.

REINA BRAVO— Puede ser. Mi primera colcha de pelo cortado fue para mi hijo. También le hice ponchitos... Mi último poncho será para Don Víctor.

REDUCIDOR 2

Año 2052. Desierto. La caza

GILBERTO—

Los zorros ya no son veloces en mis sueños. Se han vuelto lentos, merodean, no asustan a los cabritos (*pausa*). Aquí se vive de la caza también, antes salía mucho a cazar jabalí, me gustaba (*se detiene, mira el suelo*). La huella de un cabrito (*pausa*) un cabrito chiquito que siguió por acá. El otro día me han parido tres cabras y se han vuelto sin la cría por miedo a que se las quite el zorro. No saben que el zorro ni daño hace. Algunas cabras tienen la cría en el desierto, otras en el pueblo y las dejan ahí, las van abandonando.

EL NOMBRE 4

Año 2052/ Hotel cercano al desierto / 5 PM

ELÍAS— Hábleme de los reducidos.

CONSERJE— Quieren abrir paso al desierto y cada atajo lo tienen grabado en la memoria (*pausa*). Nosotros no queremos esa vida de beduinos.

ELÍAS— Los que todavía vuelven del desierto pudieron aguantar la palabra de Dios.

CONSERJE— ¿Qué dice? De la preocupación pasa a la estupidez. No quiero saber más.

ELÍAS— Tengo que ir.

CONSERJE— (*Pausa*) Un reductor me habló de usted. Ellos sabían que vendría.

ELÍAS— ¿Dónde están?

CONSERJE— Del otro lado de la ruta, en el antiguo barrio Manzione. Lo van a llevar si quiere. De mi parte, insisto en que no tiene que ir.

ELÍAS— Hago este viaje para volver al desierto.

CONSERJE— No hay necesidad. El desierto no da ninguna respuesta.

ELÍAS— Es algo que no tiene sentido explicar (*pausa*). Antes necesito ir al hospital, después pienso salir para allá.

CONSERJE— Esos movimientos de la gente en el desierto conducen a cualquier lado (*pausa*). Ya le dije que muchos se extraviaron cuando quisieron volver al pueblo.

ELÍAS— Siempre fue igual (*pausa*) hace más de cien años fuimos golondrinas atrás de las cosechas. Algunos se perdieron, hay muchos modos de extraviarse. Esta podría ser una más.

CONSERJE— Ahora ya nada madura del suelo, no hay cosechas.

ELÍAS— Pero la necesidad de andar sigue intacta. Eso está claro. Por eso se mueven, eso dicen en la radio.

CONSERJE— ¿Ya es decisión tomada?

ELÍAS— Sí, hay que hacerlo antes de que el viento se lleve todo lo de uno. No falta mucho para que eso pase.

CONSERJE— Lo más probable es que no quede nada de esto, ni siquiera lo que hablamos. Se quemará el papel donde estaba toda lo que salió de su boca hasta ahora.

ELÍAS— Es posible. Habrá que incendiarse.

CONSERJE— Entonces los reducidos le han dejado esto (*le da un papel*) lo puede abrir después de que vuelva del hospital (*pausa*). Un montón de partidas de nacimiento fueron quemadas. Dijeron que había que digitalizar y las prendieron fuego. Pero la suya está. Entre al hospital, tome lo que necesite y salga rápido. No se demore.

VOZ DE NIÑO

(Lee)

/ cha tataykipa makinninta sinchiachipoqta waamanta, cha capullu algudon manta yaarniykiwan amun... ashpap poqosnin anaqninpi kausayniyku kan. cosecha pachapi kausayki kausan...,suk rimay paqraykita muchan sapiyki kan... vinalpa sombran taqopa mishkin.. rezomanta tukuy yacharayku. quichua simiykuta pakiarayku y chay kara tutapi astan sumaq secretuyku./

/ Viene con tu sangre el capullo de algodón que endureció la mano de tu padre desde niño. Sobrevivir en la carga de la tierra y sus frutos fue nuestro movimiento. Una vida se airea en pocos días de cosecha, una palabra te besa la frente y es tu origen, sombra tenue de vinal, dulzor de algarroba. Todos supimos del rezo pero el quichua nos partió la boca y fue nuestro mejor secreto con la noche. /

Cuaderno de mayo de 2052

(Golpes secos del telar)

EL ORIGEN 5

Año 2000. Monte. El bracero y el cielo estrellado, limpio de nubes.

CASILDA— De noche, como no teníamos luz, siempre juntábamos a la tarde chamicita para tener listo el fueguito, la llama.

REINA BRAVO— Nosotras tejíamos contra la luz del fuego.

CASILDA— Mi mamá cortaba la sobrecama, mi hermano iba urdiendo, mi hermana cortaba y yo meta hacer los nuditos.

ANA MARÍA— ¿Vamos a hacer?

CASILDA— Hagamos.

REINA BRAVO— Nuditos como cuando niñas (*pausa*). Casilda, ¿no hay nada que andes con ganas de decirnos?

CASILDA— ¿De los nuditos? Ya estamos grandes para que les dé consejos.

REINA BRAVO— Ah...

ANA MARÍA— Casilda...

CASILDA— A la noche cuando estaba nublado...

ANA MARÍA— Casilda...

CASILDA— El viaje a la ciudad está todo arreglado. Habrá que ir nomás.

REINA BRAVO— ¿Qué has sabido del niño que encontraron en el monte?

CASILDA— Aquí nomás fue... cerca del paraje.

REINA BRAVO— Te lo has llevado.

CASILDA— ¿Y qué otra cosa hacer?

ANA MARÍA— ¿Cómo no has contado nada?

CASILDA— Y ahorita lo estoy haciendo.

REINA BRAVO— A la madre la conoces.

CASILDA— La he asistido antes del parto.

ANA MARÍA— ¿No lo tuvo aquí?

CASILDA— Casi no estuvieron en el hospital, nació cerca de medianoche y a la madrugada volvieron al paraje.

ANA MARÍA— Ahí lo dejó.

CASILDA— Sí, cerca de la ruta. Lo escuché al chiquito porque me fui de madrugada para averiguar si todo había salido bien. Y lo encontré en el suelo, arropadito.

ANA MARÍA— ¿Es jovencita?

CASILDA— La madre tiene sus años. Ha venido aquí un tiempo nomás. Dicen que anda de doméstica en la ciudad. Ya se volvió.

CASILDA— Nosotras hemos andado mucho en los partos, Doña Reina.

REINA BRAVO— Pero nunca nos han dejado un chiquito.

CASILDA— Hemos tenido hasta mellizos que han nacido de nuestras manos... ahora son señores.

REINA BRAVO— Mi abuela también ha sido partera y curandera. De todo curaba....

CASILDA— Me acuerdo, doña Fermina, a donde la llamaban iba.

REINA BRAVO— Muchas mujeres los dejan así a sus chiquitos por miedo.

CASILDA— Yo les he enseñado coraje. Cuando están en el parto les digo que no tienen que tener miedo porque en ese momento el chico que está adentro también tiene miedo. Dice “¿qué habrá que mi madre tiene miedo?”

REINA BRAVO— (*Pausa*) El nuestro nació cuando las topadoras nos están echando de nuestro lugar. Hay que cuidarlo, tejerle para cubrirlo y apalabrarle un resguardo, agradecerle al Señor de los Milagros su llegada.

EL NOMBRE 5

2052. 5 PM. Hospital zonal del desierto. Afuera, los motores diésel.

MUJER DEL CUARTITO— El tema es que esté, porque a los libros más viejos que no fueron quemados, se los archiva.

ELÍAS— El registro que busco es de hace 52 años. Necesito saber el nombre de la mujer que me tuvo la noche del 27 de octubre, a las 23.55.

MUJER DEL CUARTITO— Si no están acá, para conseguirlos hay que pedir una orden. *(Sigue buscando entre los estantes. Encuentra un libro de actas con tapa negra)*. Este sería la fecha que usted anotó. Fíjese.

ELÍAS— Gracias *(pasa las hojas, repasa las columnas)*

MUJER DEL CUARTITO— Quedan muy pocos registros. Tuvo suerte de encontrarlo.

ELÍAS— Esta es la página, le voy a sacar una foto para tener el registro. *(Imagen del acta, escrita a mano, tinta azul, hojas gastadas)*.

MUJER DEL CUARTITO— Está bien.

ELÍAS— ¿Vienen seguido con casos como el mío?

MUJER DEL CUARTITO— Cada tanto alguno aparece. No es lo más común.

ELÍAS— Me gustaría recorrer el hospital, será algo rápido, ¿puedo?

MUJER DEL CUARTITO— Hay partes a las que no podrá pasar, pero a lo demás, vaya si quiere.

Elías llega a la sala de parto. Se acerca El de civil.

EL DE CIVIL— No cambió mucho, todo sigue más o menos igual *(pausa)*. ¿Encontraste todo lo que buscas?

ELÍAS— ¿Y cómo sabés qué vine a buscar algo?

EL DE CIVIL— Estuve con mi compañera en el cuarto, uno supone...

ELÍAS— ¿Sos doctor? ¿De la Seguridad?

EL DE CIVIL— Ninguna de las dos, estoy en administración (*pausa*). Mi hermana es partera, los dos trabajamos hace varios años acá. Si buscás datos sobre un nacimiento de hace más de veinte años, seguro que ella estuvo en el parto. Habría que preguntarle.

ELÍAS— ¿Se acordaría?

EL DE CIVIL— Se acuerda de todo. ¿Por qué no me anotás tus datos y se los paso para preguntarle?

ELÍAS— ¿Cómo se llama tu hermana?

EL DE CIVIL— Isabel, le dicen Titina. Ahora no está de guardia, tiene franco (*pausa*) ¿Hasta cuándo te quedás?

ELÍAS— No mucho más.

EL DE CIVIL— La veo y le digo si ella se puede juntar con vos.

(Elías anota y le da el papel)

ELÍAS— Si se acuerda...

EL DE CIVIL— ¿Naciste de noche o de día?

ELÍAS— A cinco minutos de la medianoche.

EL DE CIVIL— Entonces tiene que ser ella porque siempre hizo el turno noche.

APARICIÓN 2

Año 2052 / Descanso de Vilca/ Hotel cercano al desierto

(SUBTITULADO)

/ Ella busca hierbas-raíces para su curación. Es asmática, encoge los hombros- respira con fuerza. Los animales se arriman al río – Me concentro en sus pies que bajan hasta la orilla – son frágiles en su agarre al suelo. Ella resbala, veo ceder la articulación, abrirse el tejido- Su tobillo izquierdo se quiebra. Nunca me ve, siente apenas un aire frío que la rodea. Son mis brazos, mis ojos, mi cuerpo – se queda en el barro intentando ponerse en pide. *En Blanco Interferencia...* Esa fue la única vez que vi a mi madre. / FIN

EL ORIGEN 6

Año 2000/ Monte/ En la radio, en lugar de audición quichua, música. Reina Bravo y Ana María están en labores. El niño duerme a la sombra del alero.

REINA BRAVO— ¿Has escuchado algo de Don Víctor?

ANA MARÍA— Nada, ¿por qué?

REINA BRAVO— No ha empezado todavía el programa, es raro.

ANA MARÍA— La Casilda ha ido para la ciudad. Seguro alguna novedad va a traer. ¿Por qué no ha ido con ella?

REINA BRAVO— Esta vez no he podido, la próxima ¿Y cuándo vuelve?

ANA MARÍA— Mañana en el micro del mediodía. Tranquila, se han atrasado en la radio, nomás.

REINA BRAVO— ¿Qué le habrá pasado a Don Víctor?

ANA MARÍA— Nada, si hasta los cien años va a vivir.

REINA BRAVO— Una vez con los vidaleros hemos estado en la casa de Don Víctor. La única vez que he ido. La audición iba a salir más tarde porque había clima de fiesta, pero desde el patio de la casa largaron el programa.

ANA MARÍA— Esa vez ha sido cuando volvió a tocar el violín.

REINA BRAVO— Esa ha sido... Al rato estaban varios machaditos y los vidaleros se caían por el calor y el vino. Sus mujeres lo levantaban del piso, los volvían a sentar y ellas seguían con el canto. Hasta la noche fue.

ANA MARÍA— ¿Cómo anda con la manta para el niño?

REINA BRAVO— Cuesta, pero lo voy terminando. Me van a tener que ayudar, cada una hará algo distinto del tejido, también lo vamos a proteger con oración (*pausa*). ¿Se mantiene el encuentro?

ANA MARÍA— Los desalojos han frenado, sabemos que todavía están. Ahora andan desmontando en el lado sur. Lo nuestro sigue en pie.

REINA BRAVO— Solo desierto nos va a quedar por eso de la soja (*pausa*). ¿La Casilda armó el taller?

ANA MARÍA— Sí, va a tejer un rato.

REINA BRAVO— ¿Cómo que un rato nomás?

ANA MARÍA— Después lo sigo yo porque ella también dará el taller de vidala.

REINA BRAVO— Mientras no cuente chistes...

ANA MARÍA— Cantar y tejer, eso ha de ser. Lo ha arreglado así con la Jurí, su gente viene también.

REINA BRAVO— ¿Con pintura para tirarle a los changos?

ANA MARÍA— Espero que no (*pausa*) están queriendo traer a un especialista para que nos hable de la venta del tejido.

REINA BRAVO— ¿Especialista en qué?

ANA MARÍA— En organizarse para vender un poco mejor lo que hacemos con el tejido.

REINA BRAVO— Ah... y ese no ha de ser hijo de turco, ¿no?...

ANA MARÍA— No sé...

REINA BRAVO— Es mucho trabajo y antes no tenía valor. Lo llevabas para los turcos de Loreto y te daban por cada tejido un kilo de azúcar, medio de yerba y uno de harina. No te daban moneditas, nada.

ANA MARÍA— Lo de ellos sí tenía valor.

REINA BRAVO— Claro, los turcos se llevaban lo nuestro para el sur y lo vendían carísimo. Así hacían su plata.

ANA MARÍA— Siempre fue así. Hay que cambiarlo.

REINA BRAVO— Por eso está bien que ustedes se junten, yo no tuve eso. Defiendan lo suyo, hay que escuchar qué dicen, por respeto, pero nadie sabe más que nosotras que nos pasamos la vida haciendo esto.

LA JURÍ 1

Centro comunitario asamblea.

La Jurí ve que el Especialista en microemprendimientos les pide a las teleras que muestren sus “productos”. El Especialista mira las prendas. A los pocos minutos saca una conclusión: no puede ser que lo único que sepan hacer sea ponchos, mantas y ruanas. Dice que tienen que “diversificar” sus piezas que hasta cuándo van a seguir haciendo siempre los mismo. Que deben trasladar sus telares a las ferias, al aire libre, para que los clientes vean cómo se hace. ADAPTARSE AL MERCADO. Reina Bravo se levanta de su silla con Ana María y Casilda. Retiran sus prendas, salen del Centro Comunitario. Otras mujeres hacen lo mismo. La Jurí siente una punzada en la boca del estómago.

LA JURÍ 2

Año 2000 / anochece/ La Jurí, Roberta y Casilda en viaje por la ciudad rumbo a la última asamblea antes de la acción para detener los desalojos y el desmonte.

ROBERTA— Habría que comprar un paquete de Chocolinas.

LA JURÍ— En cualquier quiosco paramos.

ROBERTA— Esas galletitas no se encuentran en cualquier lado.

LA JURÍ— Ahora nos fijamos, pero seguro que habrá más adelante.

CASILDA—No vamos a encontrar.

ROBERTA— ¿Y qué andas queriendo hacer con esas galletitas?

LA JURÍ— Una torta fácil de hacer, así llevamos algo para la asamblea, tenemos mucho que hablar. Mientras charlamos, la hacemos

CASILDA— Ah...

ROBERTA— Aquí pregunta si hay.

(La jurí baja del auto, vuelve enseguida)

ROBERTA— ¿Y?

LA JURÍ— No.

CASILDA— Algo más sencillito podemos hacer.

ROBERTA— Quedan algunos lugares más en el camino.

CASILDA— No hay más.

LA JURÍ— ¿Ha preparado el taller, Casilda?

CASILDA— Sí, voy a hablar de lo que siempre hice. El telar lo iba a hacer ahí nomás, ya le pedí a los changos dónde ponerlo. Espero que a las jóvenes les guste.

LA JURÍ— Un tallercito de vidala habría que sumar.

CASILDA— ¿Por qué no?

ROBERTA— ¿Se anima?

CASILDA— Y sí, ya estamos en esta.

LA JURÍ— Ellos piensan volvernos a desalojar, con las topadoras, la policía. Como sea.

ROBERTA— Tremendo ha sido.

CASILDA— ¿Cómo está el nieto de Don Fermín?

LA JURÍ— Anda mejorando.

ROBERTA— Le han rozado la cara con las balas de goma.

CASILDA— Eh... ¿cómo dejan que el niño ande en esas?

LA JURÍ— De chico se debe saber por qué se lucha.

CASILDA— Los niñitos deben estar jugando.

ROBERTA— Mientras se quedan sin tierras.

LA JURÍ— Eso es lo que siempre han hecho, han querido que nadie se entere por qué se lucha.

CASILDA— Ya habrá tiempo para eso, los niños no pueden andar cerca de los balazos.

LA JURÍ— Se va a poner bien.

CASILDA— ¿Cuántos hijos tienes, Jurí?

LA JURÍ— Dos nenas.

ROBERTA— Luchadoras como la madre.

LA JURÍ— Rompebolas más bien.

ROBERTA— También como la madre.

CASILDA— ¿Han estado en el desalojo tus hijas?

LA JURÍ— No, esa noche les tocó estar con su padre.

CASILDA— Ah...

ROBERTA— No creo que haya en el camino para comprar.

CASILDA— Habría que hacer algo sencillito nomás.

ROBERTA— ¿Usted además es partera, Casilda?

CASILDA— Sí, también soy.

LA JURÍ— Todo hace con sus manos. Tejido, partera hasta escribe letras de vidalas.

CASILDA— Bueno, eso no. Me van saliendo pero no las escribo. Algunas me acuerdo nomás.

ROBERTA— Podría hablar con las chicas también sobre métodos de protección y cuidado de la mujer.

ROBERTA— ¿Sí?

CASILDA— ¿Y por qué no? Pero no soy un ejemplo de nada.

LA JURÍ— Puede empezar por un chiste, graficarlo todo así.

CASILDA— Me parece bien.

ROBERTA— ¿Después de los problemas en la radio?

CASILDA— Escuchen este sobre el cuidado de la mujer: dice que había un guitarrero que quería muchísimo a su mujer (*pausa*). Y en una de esas, ella se le muere. Entonces, él le corta el tasi...

ROBERTA— ¿Tasi?

LA JURÍ— Sí, de la vagina.

CASILDA— Bueno, y le seca al sol el tasi. El cuero de verija se estira y él lo estiró a más no poder (*pausa*) el hombre lloraba y bueno... lo ha hizo secar largo al tasi y se lo puso en el bolsillo de recuerdo. Pasaron unos meses y el hombre volvió a guitarrear. Andaba meta tocar la guitarra y en eso se le corta la cuarta. Entonces, lo mandan para el almacén a comprar y no halla cuerda; lo mandan para otro lado, y nada. Y ahí se acuerda que tenía el cuerito de su mujer en el bolsillo y decide encordar la guitarra con el tasi. Empieza a afinar la sexta: *tinn*

tin; sigue con la quinta *ton ton ton* y cuando llega a la cuarta cuerda escucha *pingo pingo pingo*. La mujer todavía le pedía, como quien dice, ¿no?

EL NOMBRE 6

2052 / Hotel cercano al desierto / 7 PM

Elías en el cuarto del hotel prepara sus cosas. Se escucha el motor diésel de las excavadoras.

ELÍAS—

(SUBTITULADO)

/ Volví al hospital pregunté por Titina o Isabel, la partera - Me dijeron que se había jubilado hacía décadas - NO EXISTE MÁS---- T- TINA es el sistema de Tratamiento y Traslado de Identidades Nacionales Almacenadas.. --- El sobre del reductor tiene el horario de los vehículos que van hasta el cruce interprovincial - Hoy en el hotel llamaron y preguntaron por mí - No dejaron nombre, nada. / FIN

Golpean la puerta. Pausa. Vuelven a golpear. Elías se decide y abre con fuerza. No hay nadie.

EL ORIGEN 7

Año 2000 / Monte / 6 PM Después del encuentro y los talleres, en el cuarto de Reina Bravo. Niño a la sombra. Se escuchan muy cerca las topadoras, los árboles cayendo. Suena Falso Stradivarius.

REINA BRAVO— Madre, ruega por nosotros...

CASILDA— Que a toda hora del día y de la noche...

ANA MARÍA— Tus virtudes canten...

CASILDA— Que a toda hora del día y de la noche...

REINA BRAVO— Mis brazos te aprisionen...

ANA MARÍA— Que a toda hora del día y de la noche...

CASILDA— Tus virtudes canten...

REINA BRAVO— Y te aprisionen mis brazos y no se cansen

ANA MARÍA— Y no nos dejes caer...

CASILDA— Madre, ruega por nosotros.

REINA BRAVO— Que a toda hora del día y de la noche...

ANA MARÍA— Tus virtudes canten...

REINA BRAVO— Madre, ruega por nosotros...

CASILDA— Que a toda hora del día y de la noche...

ANA MARÍA— Tus virtudes canten...

CASILDA— Que a toda hora del día y de la noche...

REINA BRAVO— Mis brazos te aprisionen...

ANA MARÍA— Que a toda hora del día y de la noche...

CASILDA— Tus virtudes canten...

VOZ DE NIÑO

(Lee)

/ Apenas nací me sacaron del hospital y a las pocas horas me dejaron en el desierto. Un recién nacido ahí, boca al cielo, durante horas estaba condenado. ¿Cómo habrán llegado a decidir eso?- Mi abuela me recogió de ese paraje campesino donde me hubiese quedado a morir. Ella me tuvo unos meses viviendo en su casa y su hijo menor se convirtió en mi padre. Él me llevó en tren hasta la ciudad y me contó que durante el viaje tuvo miedo de que dejara de respirar y entonces me soplaba la cara para darme aire. Mi madre fue una maestra rural a la que poco tiempo después conoció mi padre. Ellos me nombraron. Antes de abandonar el desierto, mi abuela me dio una manta roja - manta desplegada, fragmento del punto y del color - que hizo en el telar y un pequeño rectángulo de cuero cocido, “apalabrado” en quichua y “castilla”. Un resguardo. Adentro había ramitas, pedazos de piedra y tierra molida. Me quedó la manta roja, lisa, que ella tiñó con los tintes del monte. Y ahora es lo único que me acompaña cuando vuelvo al desierto. /

Cuaderno de mayo de 2052

(Golpes secos del telar)

EL NOMBRE 7

Año 2052 / 23.55 / Sonido cálido de la noche en el desierto.

Su cabeza dio en la ventanilla del vehículo y el golpe lo despertó. Estaba cerca del límite militar. Escribió:

/ Teníamos en común el roce de nombres antiguos. Guascazos eliminados entre el polvo del monte. /

Fue el último cuaderno de Elías hallado antes de su entrada al desierto.
